

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

(Conclusion).

XII.

¡MISERIA HUMANA!

—¿Quién es él? ¿Quién es él? repetía furioso don Beltran agitando violentamente el brazo de la Ponciana.

—¡Ay, Jesus mio! ¿Quién es? preguntó esta asustada.

—El diablo de la vieja, repuso sordamente el baron.

—¡El enemigo malo! Nuestra Señora de la Fuencisla, ofrézcoos... dijo la dueña, que temblaba como la hoja en el árbol.

—Si no callas, vieja maldita, hoy es el último día de tu existencia.

—¡Jesus, Maria y José! contestó santiguándose devotamente la dueña; si eres alma de parte de Dios venida, conjúrote que me digas qué puede esta humilde pecadora por tu eterno descanso hacer.

—Inferno y maldicion; si callarás, exclamó rabioso don Beltran, dando un fuerte golpe á la Ponciana, que se convenció que las habia con persona que lejos de ser invisible é impalpable, tenia muy buenos puños, si habia de juzgar por el golpazo recibido.

—¿Quién es el seductor de Florinda? la preguntó el alma en pena.

—¿Sois vos, señor baron, mi bueno y noble amo, el que se ha dignado favorecerme con una galana y buena puñada?

—¡Por los clavos de Cristo! si contestarás, bruja de Barrabás.

—¿Qué buen humor teneis! lo que me prueba que doña Florinda está mejor, y bien sabe mi patrona la muy santa virgen de la Fuencisla, que...

—El infierno te lleve y mi venganza te acabe, ya que así lo quieres.

—¡Piedad, señor baron! ¡muy noble señor! Piedad, todo os lo diré, gritó la Ponciana, viendo que don Beltran se propasaba á vias de hecho demasiado serias para ser bromas.

—Acabemos de una vez, Ponciana, dijo el baron con suavidad; así le pareció al menos á la dueña su destemplada y bronca voz.

—Pues es el caso, señor de mi alma, dijo Ponciana con misteriosa voz, que conforme íbamos diciéndo... yo no sé nada.

—¡Rayo de Júpiter! ¿Y ahora salimos con eso?

—Es que, señor baron, dijo con voz de caraca la vieja, si yo no sé nada, hay en esta casa quien con todos sus pelos y señales...

—Corred y traedla á mi presencia, dijo el baron con despotismo.

La Ponciana, contentísima de tener un pretexto para librarse de la presencia del enojado don Beltran, echó á correr en direccion á la puerta, á tiempo que la Gervasia entraba cor-

riendo por averiguar el origen de los votos que oyera, y que creia indicaban alguna novedad en la enferma.

Este encuentro fué fatal; sonó un brioso ruido, unos cascados ayes, y un resultado de á chichon por cabeza.

¡Qué fatal coscorron!

—Decidme pronto, pronto, exclamó el baron, esos amores.

—No señor, no son amores, que son coscorrones, dijo la Gervasia rascándose la parte dolorida.

—¿Quién es el seductor de mi hija? preguntó don Beltran desnudando su espada y dirigiéndola al pecho de la Gervasia.

—¿Lo sabeis todo?... pobre señorita.... su amante... ¡Ay como duele!

—Su nombre, ó te paso de parte á parte si tardas un minuto mas.

—Perdon, señor, todo os lo diré.

Debemos decir que la Ponciana estaba contentísima de ver que la bola rodaba ya en cabeza agena, y veia como suele decirse, los toros desde el tendido. ¡Miseria humana!

—¡Su nombre! repetia don Beltran con rostro infernal y satánico.

—¡Perdon! volvió á exclamar la dueña cayendo á sus pies de rodillas.

—¡Su nombre! dijo por vez tercera el baron, metiendo la punta de su espada en el seco y apergaminado pellejo de la dueña, la que al sentir el dolor dió un espantoso bufido, un ay y un salto que bien pudiera llamarse mortal.

—¡Luis de Richemont! aulló espantada de ver correr su sangre la Gervasia.

—Luis de Richemont... ¡Su hermano!... gritó con acento indescriptible, soltando la espada don Beltran, y cubriendo su rostro con las manos, como si le asustase la luz ó como si creyese librarse de la presencia del Dios airado por lo ofendido.

—¡Hermano de doña Florinda! ¡Ah! dijo la Ponciana abriendo una boca an tanto grande.

—¡Hermanos! ¡hermanos! repitió la Gervasia, abriendo tambien una boca tamaño como un puño.

—Ah, ah, ah, no cesaban de exclamar las dueñas.

—¿Dónde está esa hija de maldicion y de fatalidad? preguntó el anciano á la dueña,

—No sé, por la salvacion de mi alma, la que creo ya condenada al fuego eterno por la intervencion en sacrilegos amores; dijo llorando á lágrima tendida la buena de la Gervasia.

—¿Dónde está? volvió á preguntar tenazmente el baron á la Ponciana, la que dió un suspiro como un buey, viendo que el chubasco volvía á caer sobre ella.

—Os aseguro... no sabia ni sus amores... no sabia el padre, con que... digo...

—Callar, callar, miserables; una sola palabra que de vuestros labios se os escape, causará vuestra muerte, la que os daré sin misericordia. Ferran, Ferran, llamó con voz tonante el baron.

Ferran corrió presuroso donde le llamaban.

—Encierra donde nunca mas vean el sol á estas mugeres.

—¡Señor baron! gritaron á duo las dueñas cayendo á sus pies.

—Basta, Ferran, llévatelas.

Las órdenes del baron se cumplieron al pie de la letra.

Momentos despues entraba Roberto en la cámara.

—Señor baron, le dijo con voz solemne, mi enlace con vuestra hija es imposible.

—¿Cómo? preguntó el baron; y añadió en voz baja: mi nombre está ya enlodado; todos lo saben ya.

—Mentira ante Dios vuestra hija, si sus labios pronunciasen lo que ya no pueden dar.

—Esplicaos, Roberto; no infameis mis canas. ¡Vive Dios, que aun no me faltan puños para que nadie se atreva á ofenderlas.

—Ni tal fué mi pensamiento, replicó desdenosamente el jóven; sabed, don Beltran, que el corazon de vuestra hija no os pertenece; ama á otro, y es muy digno de su amor; sus nobles prendas le recomiendan, la salvacion de vuestra hija depende de vuestro consentimiento; en vos está su salud; no lloreis luego una pérdida que podeis evitar.

—¿Podré saber quién es el caballero á cuya defensa salís con tanto calor? preguntó irónicamente el baron.

—¿Y por qué no? es tan valeroso, es tan bueno, puede tanto con el rey... Sabedlo de una vez, es don Luis de Richemont.

Un rayo no habria producido el efecto que en don Beltran produjeron las palabras de Roberto.

—¡Horror! ¡horror! ¡Cuán terriblemente me castiga el cielo! Sois un caballero, Roberto, y necesito un corazon en quien poder desahogar mi pena. Florinda tiene una hija.

—Lo sé, replicó con firmeza el jóven.

—Y esa hija es fruto de los amores de mi hija y Richemont.

El baron hizo un gesto de repugnancia al pronunciar este nombre, y Roberto inclinó la cabeza en prueba de asentimiento.

—Ahora, para que no ignoreis nada, sabed á vuestra vez que Florinda y Luis.... son hermanos.

—¡Hermanos! gritó estupefacto Roberto.

En pocas palabras enteró al jóven de la terrible historia que conocemos, añadiendo despues: —Roberto, su falta es gravísima, grande debe ser su arrepentimiento; perdonemos sus ofensas como hombres, y rueguen y obtengan por medio de la penitencia el perdon de su crimen del Dios de misericordia y bondad. Haced conocer su posicion á Luis, y aconsejadle que se retire á un convento; en cuanto á Florinda, si no muere obrará conforme á este deber.

XIII.

ADIOS AL MUNDO.

Un mes despues, fúnebre aspecto presentaba la mansion de don Beltran; en tanto que él, cuyas mejillas macilentas, hundidos ojos, lacios cabellos y apenado continente indicaban sus inmensos padecimientos y parecia haber pasado por él mas de veinte años, hablaba con su fiel criado Ferran, su desgraciada hija se confesaba con un monge jóven y hermoso, que el antiguo criado buscó en la comarca. Roberto hablaba con un caballero pálido y trémulo, completamente vestido de negro, que no era otro que el hermano de Florinda.

—No sé por qué teneis el capricho de aumentar vuestros dolores, decia el primer caballero al segundo.

—Tampoco sé yo qué contestaros, sino que obro guiado por la fatalidad.

—Renunciad á esa entrevista que no puede menos de ser muy funesta para ambos.

—¡Jamás! No lo conseguireis de mí; veré á Florinda por última vez, y entraré satisfecho en un convento.

—¿No temeis las consecuencias que vuestra vista puede producir en ella?

Luis calló, y Roberto creyó que sin dificultad conseguiria su intento.

—Renunciad á vuestro loco intento; Florinda es muger, al veros recordará tiempos venturosos de su amor, recordará á la hija de sus entrañas, se aumentará el horror que os tiene, y tal vez le falte el valor que tanto necesita; un poco de firmeza por vuestra parte y todo se conseguirá.

—Convengo en lo que decís, y al mismo tiempo conozco que no puedo renunciar á esta entrevista que llamais fatal.

—Si así lo queréis, sea; recomiendo únicamente que no os deis arrastrar por el corazón, y que considereis habláis á vuestra hermana.

—¡Hermana! ¡hermana! murmuró tristemente Luis.

—¿Qué culpa tuvisteis en las faltas de vuestros padres? ellos que creyeron labrar vuestra felicidad, no hicieron sino vuestra mútua desventura; llorad y arrepentios del pecado rogando y perdonando aquellos que fueron inocente causa de ella.

—Gracias, amigo mío, gracias, dijo Luis estrechando entre sus brazos á Roberto.

Ferran estaba como quien ve visiones; veía á todos llorar, y no podía comprender la causa de aquellas lágrimas; comprendía, sin embargo, que la causa de ellas debía ser muy poderosa, pues los contristados semblantes así parecían indicarlo; á mas sabía que Florinda iba á retirarse del mundo, sabía que este día debía darle su último adiós; veía á un joven, Luis, cuyas facciones le traían pasados recuerdos; veía al orgulloso don Beltran muy humilde, y estos detalles que observaba, formaban en su cerebro un confuso caos que en vano procura desembrollar.

—¡Ah! ¡Pardiez! se dijo dándose una palmada en la frente: esas dueñas cuyo guardián soy, saben el enredo presente, y á ellas voy á dirigirme; pero son viejas, y por añadidura dueñas; tengo de ver cómo me manejo con sus marrullerías.

—Buenos días, apreciabilísimas señoras doña Gervasia y Ponciana.

—Señor Ferran, muy buenos nos amanezca, respondió la ya curada, ó sea ex-herida Gervasia.

—¡Ay, buenas mugeres! no teneis conocimiento de lo enredado que hoy anda todo en el castillo.

—Contadnos, amigo mío, contadnos, sabéis que somos la misma discreción.

—Con una condición, de que vosotros me direis lo que sepais.

—Convenido, empezad, respondieron las dueñas despues de ratificado el tratado semi-diplomático.

—Pues señor, doña Florinda entra hoy en un convento, á causa de...

Esto último lo dijo el buen Ferran en voz baja y misteriosa, como quien algo importante tiene que decir, pero en realidad porque no sabía cómo continuar.

—Bah, cosa vieja es esa; á causa de sus amores con don Luis de Richemont, exclamaron á duo las dos honradas dueñas, orgullosas de hacer ver al escudero que tan al corriente estaban ellas de lo que ocurría, estando prisioneras, como el buen criado estando libre.

—¡Pues! eso es, á causa de sus amores con Luis de Richemont; pero es el caso.... y aquí bajó tanto la voz, que apenas le oía nadie, á no ser una doña Gervasia ó Ponciana; es el caso que el don Luisito...

—Bah, bah, vejece; que don Luis es hermano de doña Florinda, dijo con petulancia la Ponciana, como creyendo aplastar al escudero revelándole antes lo que ella creía iba á revelar.

—Eso es, volvió á decir Ferran dándose un golpe con la mano en la frente, y apresurándose á despedirse de las dos dueñas.

¡Todo lo comprendía ya!

—Señor baron, dijo presentándose á don Beltran con humilde voz, tantos años de servicio bien merecen su recompensa.

—¡También tú! exclamó el baron, como el *tu tamen* con que debió exclamar César al reconocer á Bruto entre sus asesinos; ¿también tú me abandonas?

—Señor, llorais, ¿no puede saber vuestro fiel servidor la causa de esas lágrimas?

—¡Ah! ¡Qué fatales han sido para mí tus servicios!

—Hablad, ¿no teneis ya en mí confianza?

Don Beltran meneó la cabeza.

—Nada ignoro, doña Florinda y don Luis de Richemont...

—¡Calla, desgraciado! dijo interrumpiendo á Ferran el baron.

—Ah, qué error tan deplorable, os equivocábais al pensar...

—¡Te mando que calles! repuso el despótico don Beltran.

—Perdon, señor, perdon, dijo sin inmutarse el criado, cayendo á los pies de su señor; tendréis la dignacion de escuchar á vuestro indigno criado...

—Te he mandado que calles, volvió á repetir el baron.

—Oídme, señor, oídme por la salvacion de vuestra alma, por la vida de doña Florinda.... vociferaba Ferran retorciéndose las manos.

—Habla, miserable, replicó vencido don Beltran por sus instancias.

—Señor, dijo el criado limpiándose el sudor que por su frente corría, y sin levantarse del suelo; hubo un tiempo en que arrepentido de mis maldades juré hacer todo el bien posible ayudando á los seres débiles. Doña Elvira contribuyó no poco á esta dichosa conversion, y por ella hubiera sido capaz de los mayores sacrificios.

—Bien, bien, adelante, interrumpió don Beltran, al que no eran muy gratos los recuerdos de su virtuosa esposa en aquellos momentos.

Ferran se enjugó sus lágrimas y continuó:

—Recordareis, señor baron, que Elvira lloraba por su hijo, y que llegó un día que la ofrecisteis que Ferran lo conduciría á su presencia para no volverse jamás á apartar de ella; pensábais trocar su hijo por otro. Doña Elvira halló medio de hablarme á solas y de arrancar el secreto de mi pecho. Lloró, suplicó, y consiguió finalmente que el engañado fuéseis vos, trayendo conmigo á su verdadero hijo, al que conocía por una señal particular con que lo dotó la naturaleza.

—Ferran, ¿qué decís, será posible? exclamó ébrio de gozo don Beltran.

—Así se efectuó; el marqués de Ferraza nos ayudó en la empresa, teniendo como tenía tanto interés en haceros perder la pista de un niño que tanto le incomodaba, pues respecto al verdadero hijo de Elvira, seguro estaba de que no le descubriríais, confiando en vuestro honor de caballero.

—¿Es verdad? ¿no me engañas? ¿no son hermanos? Ferran, dime que no me engañas.

—No os engaña, no son hermanos, exclamó un nuevo personaje presentándose en el dintel de la puerta.

Aquel nuevo personaje era un monge joven y hermoso, en cuyo rostro se leía la tristeza y las mortificaciones del claustro.

—¿Cómo? ¿Vos también lo sabéis? preguntó el anciano.

Ferran contemplaba al religioso con éxtasis; el monge le hizo una señal de silencio.

—Noble don Beltran, he cumplido con mi misión; he recibido la confesion de vuestra hija, y he meditado que no puede ser esposa del Crucificado quien tiene el corazón henchido de amores terrenales; doña Florinda ama á un joven; ese corazón no puede ser de Dios.

—Pero ¿no son hermanos? preguntaba el baron, que temía como el naufrago que se le escapara la tabla de salvacion.

—Leed, repitió lacónicamente el monge presentando un pergamino al baron.

Don Beltran dió un grito de alegría, y cayó á los pies del monge, al que consideró como un ángel bajado del cielo.

Aquel pergamino era una solemne declaración que doña Elvira hacía, pidiendo perdon á su esposo por el inocente engaño que con él había empleado (y que él era quien creía haber usado con ella), dejando á su hijo dueño de hacer de este documento el uso que le pareciera.

—¿Quién sois vos? ¿Sois algun ángel del Señor?

—Un miserable pecador mas bien, respondió el monge sonriéndose.

—¿Y cómo llegó este documento á vuestro poder? Doña Elvira sería...

—¡Mi madre!... dijo con una entonacion sobrehumana el religioso.

Don Beltran le estrechó entre sus brazos; Ferran cayó á sus plantas besándole con efusion las manos.

Roberto participó de esta escena, tardando poco en enterarse del risueño giro que tomaban los sucesos.

—Adios para siempre, adios, decía Luis á Florinda.

—Bien... ah... hermano; adios... dijo esta.

—Adios, mundo, que no mas que espinas nos ofrecisteis, adios, sin que esta despedida cueste nada á mi corazón, ingrato con los desgraciados; adios, adios... Florinda, te amo aun y te amaré, aun á despecho y para condenacion mia, añadió el joven sofocado por los sollozos y las angustias.

—Luis, desecha de ti tan amargos como en otro tiempo fueron dulces recuerdos; amémonos como hermanos; que el cielo no reprobará este cariño fraternal... pero amor...

Florinda hizo un gesto de horror al pronunciar su última palabra.

—Adios, adios, me volveria loco si continuara mas tiempo á tu lado.

—Adios. y ruega al Dios de bondad por mí como yo rogaré por tí.

Richemont no tenía el valor necesario para apartarse del lado de su amada; aunque conociera lo que sufría con su debilidad.

Don Beltran, el religioso, Roberto y el fiel Ferran, pusieron término á esta dolorosa escena.

—¡Hija mia!

—¡Hermana de mi corazón!

—¡Amigo!

—¡Ah! ¡Cuán bueno sois, Dios mío! que haceis la felicidad de mis señores, exclamaron sucesivamente el baron, el hijo de Elvira y el buen criado.

Florinda y Luis no sabían si soñaban ó si estaban en una casa de locos.

Al saber el engaño que habian padecido, lloraron.

—Luis, nada se opone á vuestro enlace con mi hija; sois noble, sois el heredero legítimo del marquesado de Ferraza; yo desenmascararé á vuestro tío, y os restituiré la posicion social que os fué arrebatada, dijo don Beltran uniendo las manos de los dos jóvenes.

—Padre mío... Hermano mío... Roberto... Ferran... Señor... Tales fueron los gritos que á las anteriores palabras se siguieron, interpoladas de apretones de manos, abrazos, suspiros y otras zarandajas que trae la alegría.

—Señor, dijo el compasivo Ferran, ¿dais vuestro beneplácito para soltar á las buenas dueñas Gervasia y Ponciana?

—Ferran, quiero que todos sean tan felices ahora, como desgraciados éramos antes.

XIV.

QUE TIENE LA PARTICULARIDAD DE SER EL ÚLTIMO.

Algun tiempo despues se verificaba en el castillo con gran pompa el matrimonio de Florinda y Luis; el celebrante era el joven monge: en la capilla podían verse al baron, Ferran y nue-tras buenas, respetables y antiguas conocidas mis señoras Gervasia y Ponciana. La fatalidad dejaba libre á aquella familia.

—Ello me ha costado buenos coscorriones, puñadas y otras varias especies de golpes.

—Pues á mí tal cual me fué en la feria, de poco me quedó en el sitio.

Doña Gervasia no se espresaba bien, debió decir, no me dejan en el sitio.

—¿Qué importan los puñetazos si doña Florinda es feliz? volvió á decir la Ponciana con el tono que algunos siglos despues decía el nunca bien ponderado Sancho Panza: «Si buenas insuldas me dan, buenos azotes me cuestan.»

Roberto abandonó aquel mismo día el castillo: iba satisfecho por haber contribuido por su parte á la felicidad de Florinda. De regreso del torneo recordaba que habia perdido la F de su escudo, y en aquella época tan supersticiosa nada tiene de particular que creyese que era un



decreto ya ordenado por el cielo la pérdida de Florinda, cuya primera letra de su nombre es una F; por otra parte, á su generosa alma poco le costaba aquel sacrificio que con tanta sublimidad hiciera, creyéndose recompensado por la eterna tranquilidad que á su alma trajera.

Registrando libretos antiquísimos llenos de polvo y telarañas, hemos visto en uno de ellos consignado que Roberto se casó con una hermosa dama, y que le hizo lo feliz que se merecía; que sus proezas fueron heroicas, y que sus méritos fueron recompensados por la católica sacra magestad del muy venerado rey de las Españas de aquel tiempo, cuya fecha no pudimos averiguar por mas que procuramos descifrarla, ó cuando menos aventurarla por medio de mas ó menos fundadas conjeturas.

A. E. DE E. Y S.

SISTO V.

Vamos á contar la historia de un pobre mendigo que llegó á ser mas que un rey, puesto que logró ser papa cuando todos los reyes de la tierra doblaban la rodilla ante la Santa Sede. Vamos á contaros la historia de Sisto V, la cual os prestará valor, demostrándoos que nada es imposible al que sabe trabajar, al que sabe tener paciencia y al que sabe sufrir.

A eso del medio día, en el mes de junio de 1531, en el momento en que el sol de Italia lanzaba sus inflamados rayos, un fraile franciscano de la Marca de Ancona, que habia perdido la ruta, buscaba con la vista algun aldeano que pudiese indicarle el camino. Toda la campiña se hallaba en silencio, y el fraile marchó algun tiempo á la ventura, buscando á lo menos un poco de sombra para resguardarse del calor. Había ya andado mas de medio día atravesando los campos, cuando descubrió á la media legua en la falda de una colina una manada de cerdos que se revolcaban en el fango de una laguna medio seca. El guarda de la innoble piara estaba recostado bajo el único árbol que habia en el círculo de una legua, y el fraile determinó pedirle un poco de sombra, y preguntarle el camino que debía tomar.

Costeó á este efecto la laguna, y aunque no tomó la menor precaucion, el pastorcillo no se movió, ni volvió la cabeza, sumergido como se hallaba en profunda meditacion. Era un muchacho como de doce años, y sus largos cabellos; su rostro enflaquecido y tostado por el sol, sus negros ojos, su cuerpo cubierto de harapos, todo esto llamó la atención del fraile, quien permaneció inmóvil algunos minutos, contemplando el extraño porquero.

Y en verdad que era un espectáculo interesante para un honrado cristiano, encontrar en aquel desierto y á orilla de una laguna, á semejante chico guardando cerdos. En cuanto al mancebo, se hallaba ocupado en resolver un problema de geometría, cuyas figuras habia trazado en la abrasada tierra, y hubiera sido fácil robarle hasta el último de los cerdos sin que saliese de su meditacion.

El bueno del fraile, que sabia muy bien todas las bellísimas historias del Evangelio, se figuró desde luego que acaso seria el porquero el hijo pródigo de sí mismo, escapado de la casa paterna, sumido en el último grado de la miseria, y que ya estaba arrepentido; historia asaz interesante.

Sentóse, pues, junto al mancebo, y luego que éste hubo resuelto su problema, cuando alzó la vista del suelo, le dirigió el fraile la palabra:

—¿Quién eres, le dijo, y cómo te encuentras aquí trazando huellas humanas sobre la misma tierra en que guardas cerdos?

El fraile aludía á las palabras de aquel náfrago ateniense que decia al ver en la orilla figuras de geometría: —Animo, que aquí hay huellas humanas.

El joven le respondió con la mayor sencillez, que era un pobre muchacho cuyo padre quedó arruinado cuando la lucha de Leon X contra el duque de Urbino; que servia en clase de criado con un propietario de la Marca de

Ancona, y estudiaba como podia. Al mismo tiempo se animaban sus negros ojos, y su voz estaba conmovida, notándose que la pasión por el estudio animaba á aquel joven, y que un noble deseo le conducía á las ciencias que veía en sus sueños, á quienes llamaba de todo corazón, y que jamás echaba en olvido.

El fraile escuchó por mas de una hora al mancebo, y luego que comprendió cuánto valia y todos los recursos de aquella imaginacion no cultivada, le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Félix, contestó el mancebo; Félix Peretti.

—Ea, pues, Félix, ven á mi convento, y en él tendrás libros, maestros y pan.

—Llevaré la piara á la zahurda, y luego os seguiré á donde queráis, padre mío, no por el pan, como un miserable porquero, sino por los libros y la ciencia.

—Vamos, pues, á conducir los cerdos, dijo el fraile.

Y tanto él como el chico encerraron los cerdos en la zahurda, trasladándose despues al convento de los franciscanos de Aserli, donde Peretti quedó admitido aquella misma tarde.

Apenas comenzó Félix á recibir las primeras lecciones de sus maestros, adelantó extraordinariamente, aplicándose con ardor á aprender el griego y el latín, y afrontándose con ciencias tan contrarias como la teología y la elocuencia, en las cuales hizo increíbles prodigios. Bien pronto de discípulo pasó á Bolonia en clase de general comisario de la orden, viéndosele muy joven recorrer la Italia derramando elocuencia en las hermosas iglesias italianas, tan favorables á la inspiracion. Era ya una autoridad, pero nadie conocía su autoridad mejor que él; su vocacion le llevaba á la última grada de la escala eclesiástica; y por la noche al tiempo de acostarse decia: —¡Seré papa! Al levantarse por la mañana decia: —¡Seré papa! Y siempre, en todas partes, repetía esas palabras, como una obligacion que tenia de cumplir mas tarde o mas temprano. La voluntad es una de las mas poderosas palancas, pudiéndose solo con ella y sin ningun otro apoyo conmovier el mundo.

Un día que Peretti tuvo una reyerta con la república de Venecia, porque era turbulento, inquieto y temible, salió de Venecia diciendo que habia hecho voto de ser papa en Roma, y no quería ser ahorcado en Venecia.

Entonces vió por primera vez á Roma, que algun día habria de ser suya, y allí mudó de carácter, dejando el orgullo y la petulancia por la calma y la humildad.

En Roma fué distinguido como en Bolonia, y Pio V, uno de sus discípulos, que acababa de ser electo papa, le nombró obispo y despues cardenal.

¡Cardenal! una de las mayores dignidades en aquel tiempo; y el mismo día en que le hicieron cardenal, el antiguo porquero se repetía á sí mismo: —¡Seré papa!

Y en efecto, Pio V murió, y el sucesor de Pio V, Gregorio VIII, murió tambien. A la muerte del último papa, el cardenal de Montalto, que así se llamaba el franciscano Félix, dejó los negocios públicos porque se hallaba enfermo, encorvado, y solo pensaba en morir cuando el colegio de los cardenales se reunió para nombrar soberano pontífice.

Todas las ambiciones de la Iglesia católica y romana se hallaban en movimiento; se habian despertado todas las rivalidades, y el mundo cristiano aguardaba el que debía regirlo.

Inciertos en su eleccion los cardenales que debian elegir papa, nombraron al cardenal de Montalto, á quien veían tan viejo y maltratado, preparándose así para escoger otro papa con todo descanso cuando el recién nombrado muriese, lo cual habria de suceder muy pronto.

Y ved aquí cómo Félix Peretti, cardenal de Montalto, dejó su nombre por el de Sisto V, logrando ser soberano pontífice. Cuando el nuevo papa fué nombrado, Roma entera se trasladó á la iglesia de San Pedro; las grandes puertas de la iglesia se abrieron de un golpe, y el papa, rodeado de sus cardenales, su guardia y toda su corte, se presentó en el altar mayor á dar gracias á Dios. Entró en la iglesia apoyado en su baston, y como si se hallara en visperas de su muerte; pero una vez arrodillado en el altar, y

cuando los cardenales se disponian á ayudarle á levantarse, Sisto V se alzó derecho como un joven, arrojó la muleta, y con fuerte y sonora voz que resonó en las bóvedas de la vasta catedral, entonó el Te Deum. Los cardenales estupefactos no podian dar crédito á sus ojos y á sus oídos, y el pueblo, al ver el anciano convertido en joven, lo atribuyó á milagro, y dió gracias al cielo. Los cardenales y el pueblo acababan de saber que Roma y el mundo católico tenían soberano para mucho tiempo.

Aquella noche el cardenal de Médicis, cortesano hábil y astuto, felicitaba al pontífice por haber recobrado la salud, y Sisto V le interrumpió diciéndole:

—Como buscaba las llaves del paraíso, para encontrarlas mejor bajaba la cabeza encorvándome; pero ya que las he encontrado solo miro al cielo.

Tal es la historia de tan sorprendente y merecida elevacion. Sisto V ha sido uno de los mas grandes pontífices de la Iglesia, comenzando una importante reforma desde los primeros dias de su advenimiento. Gracias á él se reprimieron los robos en despoblado, nota que perseguía á la Italia hacia cincuenta años; la justicia, que era venal, se reformó; do quiera se alzaron patibulos para castigar á los bandidos, y á los prevaricadores, y el imperio romano respiró con aquella ley severa, pero justa.

—Me llamarán feroz y sanguinario, decia Sisto V, pero he leído en el Evangelio que el mejor sacrificio que á Dios se puede hacer es castigar el crimen, esterminando á los malvados y á los perturbadores del reposo público.

Y tenia razon el noble pontífice, porque menos ejecuciones hubo en su reinado que asesinatos por espacio de solo un mes antes de empezar los castigos.

Al mismo tiempo que afirmaba la paz en sus estados, protegía con todo su poder las bellas artes, gloria en aquel tiempo de la encantadora Italia.

Conocía de tal modo el terreno que pisaba, que encontró el obelisco de granito que Calígula hiciera venir de Egipto, y que hacia cien años que se hallaba sepultado. Cuatro meses y diez dias bastaron para colocar la columna en su pedestal, y él fué quien agregó el Vaticano al vasto edificio llamado Belveder, palacio digno del antiguo y celebrado Apolo.

Era el papa un hombre que en todo se ocupaba, en premiar las ciencias y las artes, en formar bibliotecas y museos, en crear hospitales, en secar lagunas y en revisar la Biblia. Para elogiar debidamente á Sisto V, basta recordar que Enrique IV, rey célebre y hugonote, le tenia en grande estima, y dijo un día, hablando de él:

—Es un gran papa, y quiero hacerme católico, aunque no sea mas que para ser hijo de semejante padre.

Cuando murió, el mismo Enrique IV hizo su oracion fúnebre en pocas palabras:

—Pierdo un papa que es otro yo; ¡Dios quiera que su sucesor se le parezca!

Aquel grande hombre solo reinó cinco años; y cuando cesó de vivir, la Italia se hallaba en paz, Roma estaba embellecida y el tesoro público lleno. No fué llorado entonces, porque los pueblos son ingratos; pero mas tarde fué sentida su pérdida.

Aquel soberano pontífice de la Iglesia era de una sencillez enteramente cristiana; así es que habiendo ido á verle su hermana, vestida con soberbio traje, rehusó reconocerla, y al día siguiente que volvió al Vaticano vestida humildemente, la llamó su hermana.

Como un día le manifestase que tenia en mal estado la ropa blanca que llevaba puesta, el pontífice le dijo:

—Nuestra elevacion no debe hacernos olvidar quiénes somos, porque los primeros pasos de nuestro estado están formados con chanclos de madera y harapos.

La única vanidad inocente vanidad! que tuvo, fué elevar una poblacion en el sitio en que guardaba los cerdos el niño. La poblacion fué elevada; se edificó una iglesia sobre la laguna en que se bañaban los cerdos, convirtiéndose esta iglesia en el arzobispado de Montalto.

Nació Sisto V el 13 de diciembre de 1531, y murió el 7 de agosto de 1590.

UN MOTIN.

I.

El año 1168 tocaba á su término. Regian los cetros de Leon y de Castilla los señores reyes don Fernando y don Sancho, llamado el *Deseado*, hijos del malogrado emperador Alonso VIII, muerto en el mismo año, bajo la frondosa encina á quien hizo célebre aquel suceso. Espiraba el mes de diciembre. Zamora descansaba envuelta en una de las densas y húmedas nieblas, tan frecuentes en la patria de Arias Gonzalo. El Duero dejaba salir de su turbio é inquieto seno la cenicienta cortina que ocultaba á los ojos del viagero la recientemente restaurada ciudad. Antes de proseguir adelante en el curso de nuestra historia, haremos una exactísima aunque ligera reseña de aquella.

Muchas son las opiniones acerca del primitivo lugar en que Zamora estuvo fundada. Desentendiéndonos completamente de esta cuestión, diremos que en el antes mencionado año de gracia de 1168, se asentaba ni mas ni menos que hoy día sobre el orgulloso cerro, á quien baña el turbio Duero. Dificilmente podríamos conocer (aunque en honor de la verdad sea dicho, no han sido muchos sus adelantos), las antiguas y oscuras callejuelas de que entonces se hallaba decorada, y distinguirlas de las no me-

la calle de los Infantes, deteniéndose en frente de una casa de mezquina apariencia, que habia contigua al orgulloso palacio del obispo. Cualquiera al pasar y al verle inmóvil, le hubiera tomada por una estatua. Pocos momentos trascurridos, se escucharon pasos por el extremo de la catedral, y otro misterioso bulto, sin reparar en el primero, se detuvo delante de la casa que aquel contemplaba. El segundo hizo una señal convenida, y en seguida se abrió la mohosa reja de la casa. Una muger, una niña, asomó su bello rostro y dijo con argentina voz:

—Fernando... ¿eres tú?

—Si, yo soy, Maria. Despues de tanto tiempo, justo es que vuelva á tí, cariñoso como siempre...

—¡Dos meses de ausencia! ¡Dos meses sin ver á mi Fernando, al hombre á quien he jurado amar eternamente!...

—¡Oh!... ¡tambien yo maldije al mal genio que de tí me separaba!... ¡Esa ausencia ha sido dolorosa á mi corazon en mas de un concepto!...

—¿Tu padre?...

—¡La tierra le oculta á mi cariño!...

Se oyeron dos suspiros. Se amaban con delirio, y lo que heria el corazon de uno desgarraba el del otro. El mancebo mudando de tema, prosiguió:

—¿Y tu boda?

—¡Segura, Fernan mio, por desgracia segura! contestó la niña con lúgubre acento. Mi pa-

¿Pero aquel que huye, será Escalante?... Benito, observa... acaso necesita tu auxilio el honrado mozo.

Y como un fantasma, se deslizó guarecido por la sombra de los aleros de los tejados, ocultándose en el vacío de la puerta del palacio. No fueron vanos sus temores. Pocos instantes trascurridos, dos hombres avanzaron, arrojándose de improviso sobre el descuidado Salcedo.

—¡Villanos! dijo al verse acometido.

—¡Socorro! exclamó la doncella, cayendo desmayada.

—¡Traidores! exclamó Benito, clavando su puñal en el corazon de Escalante, que cayó diciendo:

—¡Muerto soy!... ¡Dios me valga!...

Su compañero huyó del lugar de la catástrofe, y Salcedo, dirigiéndose á su salvador, le dijo:

—¿Quién sois? ¿quién sois?

—¡Benito Pellitero! Callad y huid, porque al grito del moribundo llega gente...

Y en seguida desaparecieron.

En el momento un hombre, precedido de otros que le guiaban respetuosamente la luz de la linterna, se dirigió al lugar donde se hallaba el cadáver, nadando en una sangrienta charca.

—¡Por Santiago de las Heras! ¡Mi buen mayordomo! Conozco la mano que le ha herido... Al fin será preciso colocar una horca en cada plaza...

Y dando en seguida sus órdenes desapareció con su ronda llevándose el cadáver.

Aquel hombre era el caballero don Gomez Alvarez de Vizcaya, regidor perpétuo de la ciudad.

(Se concluirá).



Ingapilca ó la fortaleza del Canar.

nos oscuras y lóbregas que hoy cruzan irregularmente el espacio comprendido dentro de su muro. Una de las plazas mas notables era la plaza Real: cuadrilongo mal empedrado, y rodeado de covachas de triste aspecto y mezquinas apariencias. De ella partian dos magnificas calles, la una conocida con el pomposo titulo de la Reina, que hoy conserva, y la otra con el no menos sonoro y orgulloso de los Infantes, y que con el trascurso de los años cambió por el ridículo y prosaico bautismo de «calle de Orejones.» En la plaza descansaba, apoyado sobre el muro, el magestuoso palacio de doña Urraca, y la segunda calle desembocaba en una estensa y desigual plazuela, en la que, burlándose del tiempo, se elevaba la iglesia de Santa Maria la Nueva, entonces catedral, en que una veintena de canónigos ancianos y achacosos, celebraban, si no con la pompa de nuestros días, con mas fervor y sencillez los divinos oficios. En la calle de Santa Maria, que se hallaba al poniente de la gran basilica, se veia flanqueado de dos torres el palacio del venerable don Estéban, obispo de la ciudad.

Como en aquella época no se usaban relojes, no podremos decir la hora en que principiaba la accion. Solo podemos asegurar que era la que hoy corresponde á las diez de la noche, cuando un hombre embozado hasta los ojos y renegando de la niebla, atravesó la plaza Real, avanzó por

dre, cegado por su ambicion, no concede ni mano á otro que á Martin de Escalante, mayordomo mayor del caballero don Gomez Alvarez de Vizcaya...

—Y por tanto desprecia al miserable Perez Salcedo, hijo del ventero de Castrotafe... Pero tú me amas, y pese á tu padre, yo desataré ese lazo con que quieren oprimir tu cuello...

—¡La Madre de Dios haga que lo consigas!...

Y los amantes, sin precauciones de ningun género, se entregaron á ese torbellino de delirios, incertidumbres y esperanzas propias de caracteres apasionados.

El incógnito, que aborujado en su tabardo, habia dado, marcadas señales de impaciencia, como si no le agradase lo que oia, murmuró con voz sorda:

—¡Por Santa Maria! ¡Salcedo en la ciudad!... ¡Y la niña, que tan desdeñosa se mostraba, no vacila en abrir la reja al rondador nocturno!... ¡Es necesario ahuyentarle! ¡Bueno fuera que el hijo de un ventero se atreviese á competir con todo un mayordomo del caballero don Gomez de Vizcaya, regidor perpétuo de la ciudad!

Y protegido por las sombras, abandonó la calle. Al mismo tiempo, otro desconocido entraba en ella por el lado de la plaza, y al ver, aunque á gran distancia, al hombre que huía, dijo:

—¡Santa Madre de Dios! ¡Un hombre á la puerta de Suero Mendez!... Sin duda es Pero Salcedo.

MISCELANEA.

MONUMENTO.—El que se conoce con el nombre de Ingapilca ó fortaleza del Canar, en el Perú, deja un vestigio muy curioso de la antigua arquitectura militar de los peruanos. Esta fortaleza, si así puede llamarse una colina que termina en plataforma, es menos notable por su tamaño que por su buen estado de conservacion. A la altura de 48 á 20 pies, se eleva una pared construida de piedras muy gruesas, y la cual forma un óvalo regular, cuyo gran eje tiene 433 pies de longitud. El interior de este óvalo es un terraplen cubierto de una hermosa vegetacion, que aumenta el efecto pintoresco del paisaje. En el centro del recinto se levanta una casa que tiene dos salas y unos 25 pies de altura. El corte de las piedras, la disposición de las puertas y de los nichos, y la completa analogia de este edificio y los del Callao y del Cuzco, no dejan duda alguna acerca del origen de este monumento militar que servia para alojar á los Incas, cuando estos príncipes pasaban del Perú al reino de Quito.

JUGADA Y DESQUITE.—El gran profesor de música Schneitzhoefer, no tocaba sino para sus amigos: evitaba las ceremonias oficiales, y rehusaba los convites de la corte, en que temia ser cogido para tocar el piano. El célebre Sakoski, zapatero del emperador, habiéndole oído una noche, le suplicó que aceptase una invitacion para comer. No pudo rehusar. Despues de la comida, Sakoski le pidió que tocara alguna de sus obras. Cedió tambien á este deseo disimulando el disgusto que experimentaba, y á su vez convidó al zapatero para venir al domingo siguiente á acompañarle á su mesa.

Inmediatamente que se terminó la comida hizo traer un par de botas viejas y se las presentó á Sakoski.

—¿Qué quereis que haga yo de estas botas? preguntó desconcertado el zapatero.

—El domingo último, respondió el músico con sangre fria, me habeis hecho tocar varias piezas de música en vuestra casa, y vais á remontarme mis botas.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.